

## Rosario Clemente Orera



Mi padre, Juan Clemente, ingresó en el Cuerpo de Carabineros en 1926 en San Sebastián, y su primer destino fue Elizondo, y el siguiente Erratzu. Nací en Erratzu, valle de Baztán, a 8 kilómetros de Elizondo, el 18 de octubre de 1928, donde viví hasta los 7 años.

El mes de vacaciones de mi padre lo pasábamos en Calatayud, en casa de mi abuela Tomasa, madre de mi madre. El siguiente destino de mi padre fue Las Cortes, cerca de Bielsa. Llegamos durante las navidades de 1935. El 18 de julio de 1936 estalló la Guerra Civil. Hacía mucho calor y recuerdo perfectamente a mi padre subiendo la cuesta, con el fusil al hombro, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo. Había algo en el ambiente que nos intranquilizaba. Mi padre tuvo que incorporarse inmediatamente con otros carabineros al frente de Huesca, donde formó parte de las brigadas de choque motorizadas, que se movían de un frente a otro. Estuvo en el frente de Madrid, en Puerta de Hierro; en el frente de Levante, en Villena, Alicante; y en el frente de Huesca, en Almuniente. La primavera del 38 vio cómo se perdían las principales localidades del Aragón republicano. La 43 División republicana se hizo fuerte en la Bolsa de Bielsa. Sus 8.000 hombres aislados del resto del ejército lograron resistir durante 72 largos días el asedio de 14.500 soldados que los atacaban. La Bolsa de Bielsa al norte de Huesca se

convirtió en el último reducto defensivo del ejército republicano en Aragón. La población civil convivió con los militares hasta que los bombardeos constantes de la artillería nos obligó a la evacuación general de los civiles a la localidad francesa de Aragnouet por el Puerto Viejo.



El viaje lo hicimos prácticamente sin equipaje y lo que dejamos atrás ya nunca lo recuperaríamos. La aviación italiana lanzó bombas incendiarias sobre Bielsa y otras pequeñas localidades próximas, que quedaron arrasadas. Ante la imposibilidad de seguir resistiendo por más tiempo, el comandante Antonio Beltrán, el Esquinazau, ordenó el repliegue hacia Francia de los supervivientes republicanos. Cuando llegaron a Francia les hicieron dejar las armas y cada uno de los miembros de la 43 División fue dueño de elegir su destino.



Tanto la subida como la bajada de la montaña fue muy dura por la cantidad de nieve que había en el camino.



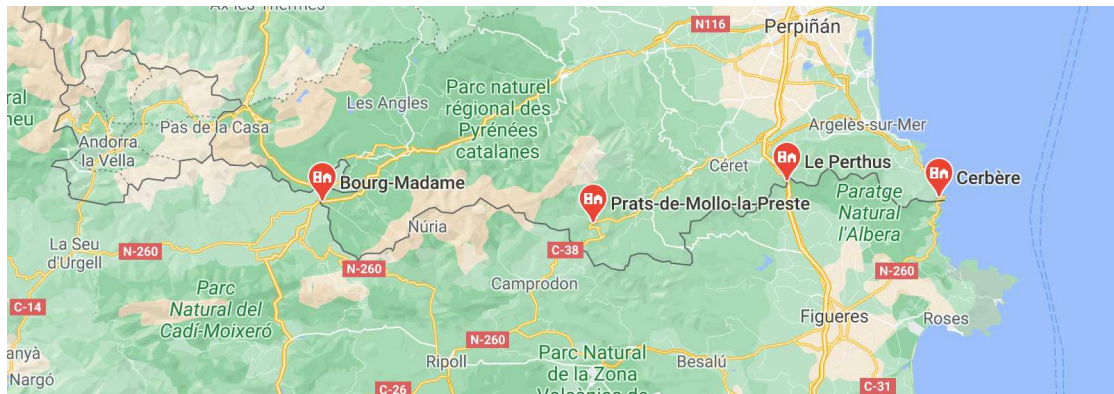
Teníamos que agarrarnos a las paredes de nieve para no resbalar e irnos abajo. Cuando llegamos al primer pueblo francés, nos esperaban los gendarmes, que habían acondicionado una cuadras con paja limpia, donde pasamos la noche.



Al día siguiente nos llevaron al primer pueblo con estación de ferrocarril y de allí a Saint-Maurin, en el departamento 47, Lot-et-Garonne. Después de dos días de viaje durmiendo en el suelo, llegamos a nuestro destino, donde nos recibió y hospedó Madame Pommiés en un antiguo hotel. Allí estuvimos 6 meses. La gente del pueblo nos trató muy bien y nos sentíamos parte de la comunidad. En época de la siega, vinieron a visitarnos una familia de emigrantes económicos españoles que vivían en una "Campaña" cerca del pueblo. Nos invitaron a una boda, e incluso a una comunión, que en Francia se hacen a los 15 años. Fueron unos meses muy bonitos, que siempre estarán en mi recuerdo Sus casa bajas, las ventanas de las cocinas, la luz, los olores, ...

Mi padre nos reclamó desde España, quería que volviésemos a casa. Madame Pommiés quería que nos quedásemos, que la guerra la teníamos perdida, y que más adelante podía venir mi padre y vivir en un bungalow que tenían a las afueras. Mi padre había salido del hospital de Camprodón, donde se recuperó de la operación de la pierna, un trozo de metralla le destrozó la rodilla.

Después de un largo viaje en tren, pasamos a España por Portbou el mes de octubre de 1938 con un día de retraso. Cuando llegamos a Barcelona por la noche, no nos esperaba nadie. Mi padre nos había esperado el día anterior y al no llegar se marchó a Ripoll para incorporarse a su nuevo destino de carabinero. Nos hospedamos en el hotel de los carabineros hasta que encontramos piso en frente del monasterio románico de Ripoll. Allí pasamos 4 meses, celebramos los cuatro mi cumpleaños y la Navidad. EL día 26 de enero cayó Barcelona por el ejercito sublevado y se inició la Retirada. Salimos de Ripoll hacia la frontera y pasamos en Alp una semana hasta que abrieron la frontera en Puigcerdá.



Todo estaba repleto de gente desplazada de sus pueblos intentando huir. Pasamos 4 días en un refugio cerca de la estación sin comer hasta que por fin pudimos coger un tren de mercancías que nos llevó a la primera estación de Francia. Nos hicieron bajar del vagón donde habíamos ido hacinados durante todo el trayecto y nos pusieron una inyección en el muslo izquierdo. Antes de coger otro tren al día siguiente nos esperaban unas enfermeras con café con leche y bocadillos. Pasamos la noche en el tren estiradas en los asientos. No sabíamos dónde nos iban a llevar. Después de tres días de viaje llegamos al departamento de Deux-Sèvres, a Boussais.

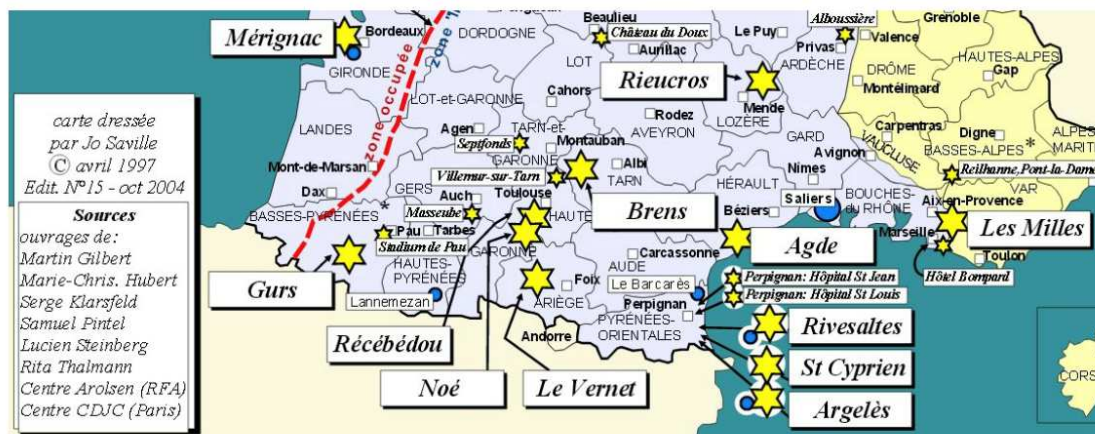


Nosotras éramos las últimas en llegar, por lo que españoles que ya estaban allí se arremolinaron alrededor para preguntarnos de dónde éramos. Nos acomodaron en colchonetas de paja en una de las torres del castillo a las afueras del pueblo donde había más de 300 mujeres y niños hasta los 18 años durante 9 meses. Cuando los muchachos cumplían 18 años los trasladaban a campos de concentración. No teníamos luz ni agua corriente. Nos alumbrábamos con faroles. Los servicios estaban abajo entre los árboles. El centro del dormitorio lo ocupaban grandes recipientes de hojalata donde podíamos orinar. Las letrinas estaban en lo que había sido el jardín. Nosotras, mi hermana y yo, éramos felices, era como vivir una aventura. Además, los mayores organizaban actividades culturales y de ocio para pasar el tiempo: al corro, al marro, al gato y al ratón, contábamos cuentos, cantábamos, ... Cuando hacía bueno comíamos en el jardín del castillo.

En Boussais cumplí 11 años, el 18 de octubre de 1939, y a los pocos días nos hicieron volver a España. Fuimos a casa de mi abuela Tomasa en Calatayud, sin nada. Primero,

vivimos en casa de una tía, que estaba desocupada y, después, mi madre encontró trabajo en una portería con vivienda. A los 14 años me fui a vivir con unos tíos a Valtierra, una boca menos que alimentar en casa, hasta los 23, que encontré trabajo en Calatayud, en una compañía de seguros, Finisterre. Y el 2 de enero de 1966, vine a trabajar a Zaragoza, ya asegurada, a Pompas Fúnebres, como cajera. En Valtierra le ayudaba a mi tía en la escuela, guisaba y atendía la casa. Y tan solo tenía 14 años. Fui para dos meses y estuve 9 años.

Cuando pasamos a Francia por Puigcerdá, mi padre se quedó en Ripoll, hasta que el ejército también fue evacuado. Primero, los llevaron al campo de Barcarés y después al de Argeles-sur-Mer.



Dormían en agujeros hechos en la arena fría y húmeda, pasaron hambre y frío. Las condiciones sanitarias eran desastrosas y además estaban hacinados. Ellos mismos construyeron las alambradas que los separaban del mundo exterior como si se tratara de delincuentes y pocos días después empezaron a construir las barracas que los aliviarían mínimamente del frío.



Mi padre continuaba en el campo de concentración de Argeles-sur-Mer, en las playas del Rosellón, cuando volvimos a España. Se alista a una Compañía Militarizada de Trabajadores Extranjeros y sale a trabajar a la Fábrica Nacional de Pólvora de Toulouse, donde está hasta agosto de 1940, cuando decide volver a España. No quiso luchar en otra guerra. Lo enviaron a un batallón de trabajadores en Madrid, y más adelante al campo de concentración de Miranda de Ebro, para acabar en Ávila. Reclamó a su comandancia para que se celebrara el juicio y lo trasladaron a la Ciudadela de Jaca. Pasó 15 días en la cárcel de Torrero de camino a Jaca, donde los mataban de hambre. Lo condenaron primero a 20 años y después de recurrir a la Capitanía General de Zaragoza, a 6 años y un día, por lo que definitivamente lo suspendieron de empleo y sueldo. En mayo de 1942 salió en libertad. Mi padre encontró trabajo en una fábrica y en los ratos libres cobraba los recibos de Decesos de Finisterre.

Mi padre murió el 3 de diciembre de 1975 a los 74 años, como había vivido, con valentía, cogido a mis manos. Fue un



hombre de honor, caballeroso, educado, que nunca olvidó las enseñanzas de su "santa madre" como él decía.

***Rosarito Clemente***

***11 de enero de 2021***